



## Capítulo 320 - El trato de Tianlong con ambas mujeres

Las palabras flotaban en el aire como un mal sabor de boca, agudas y amargas, rompiendo el pesado silencio de la habitación.

Los ojos dorados de Sabrina lo atravesaban con su mirada, la furia deformaba su rostro tatuado en algo salvaje, la humillación le revolvió las tripas más que el veneno que aún le retorcía las entrañas.

¿Esa sonrisa burlona en el rostro de Tianlong? Era como echar sal en la herida, más enfurecedor que los puñetazos en el estómago o el entumecimiento que se apoderaba de sus extremidades.

Él le había devuelto sus propias palabras, sus propias lecciones despiadadas se habían vuelto contra ella como un puñal en la espalda. «El bastardo ha aprendido demasiado bien», pensó ella, con el pecho agitado por otra oleada de náuseas que le nublaba la vista.

«Tú...». La palabra salió áspera, atrapada en su garganta por el fuego que ardía en sus venas.

Su piel oscura brillaba con sudor frío, esos tatuajes negros que se arremolinaban en sus brazos y cuello parecían vivos, enroscándose como sombras a la luz de las velas.

Ya no podía mantenerse en pie: las piernas se le doblaron y se deslizó por la pared agrietada con un ruido sordo, golpeándose el trasero contra el suelo con fuerza.



El dolor le recorrió la columna vertebral, pero lo contuvo, apretando los dientes mientras forzaba su cuerpo a adoptar una tambaleante postura de loto.

Su cabello salvaje, con mechas ámbar y negras como el pelaje de un tigre, le cubría el rostro, aislando del mundo mientras apretaba los ojos con fuerza.

Concéntrate. «Vamos, ki, quema esta mierda».

Su cultivo corporal entró en acción con fuerza, esa fuerza vital en bruto rugiendo a través de ella como una bestia desencadenada, tratando de envolver la toxina y aplastarla.

Pero el veneno era resbaladizo, viscoso, deslizándose a través de su energía como aceite sobre el agua.



Cada empujón solo lo agitaba más, enviando nuevos picos de agonía ardiente a lo largo de sus nervios.

Un gemido bajo se escapó de sus labios, la frustración hervía.

«Maldita sea, se está adentrando profundamente. No puedo sacudirlo».

Tianlong la observó retorcerse durante un instante, con esa diversión distante brillando en sus ojos como si estuviera evaluando a un animal acorralado.

Luego, su mirada se deslizó, tan casual como siempre, hacia el pequeño cuenco de congee que había sobre la mesa.



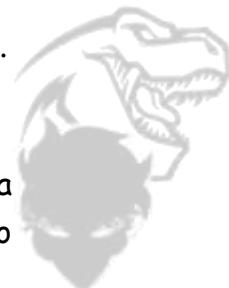
Sacó una diminuta pastilla negra y la lanzó hacia ella; rebotó una vez en el suelo, justo delante de sus piernas cruzadas.

«Antídoto», dijo con voz monótona, como si le estuviera ofreciendo sobras a un perro callejero.

Sabrina abrió los ojos, con una mirada depredadora y dorada que destellaba de pura sospecha. Miró la pastilla con ira, luego lo miró a él, con el estómago revuelto entre el dolor que le gritaba en las entrañas y las ganas de lanzarse sobre él.

«¿Es una trampa? ¿O quiere que hable?».

Con un gruñido gutural que le sacudió el pecho, la cogió y se la tragó en seco.



El calor floreció lentamente, no como una cura completa, sino como una manta sofocante sobre las llamas, atenuando el dolor y dando a sus pulmones espacio para respirar sin toser sangre.

Le dio tiempo, sí, pero sentía el veneno hirviendo a fuego lento, esperando para volver a estallar.

Él ni siquiera esperó a que ella recuperara el aliento. Sus ojos se desplazaron, fijándose en Sylfea, acurrucada junto a la cama destrozada, con su fino vestido pegado a su pálida piel por el sudor y algo peor, adherido como una segunda piel.

La tela se tensaba sobre su pecho, esos pezones monstruosos —cuernos de carne largos y curvados, de dos centímetros y medio de grosor— sobresalían afilados contra la tela húmeda, pidiendo atención incluso mientras su cuerpo temblaba por el dolor crudo de los golpes anteriores.



Cada latido allí abajo gritaba «suyo», un humillante recordatorio de cómo la había roto en ese escritorio, con el cuerpo traicionándola delante de todos.

—Ven —dijo Tianlong, sin rastro ya de amenaza en su tono, pero con ese mandato férreo que la envolvía como cadenas que no podía romper.

Sylvea se estremeció con fuerza, sus ojos verdes pasando rápidamente de él a Sabrina, que seguía jadeando contra la pared, como si la hubieran arrastrado por el infierno, y luego de vuelta a él.

Su garganta se movió, tragando saliva con dificultad mientras el miedo le recorría la espalda.

«Otra vez no. Así no».

Pero sus piernas se movieron de todos modos, arrastrándose vacilantes, con el pelo verde enredado enmarcando su rostro sonrojado. Él le dio una palmada al cojín a su lado, con naturalidad.

«Más cerca».

Ella se sentó en el borde, con el cuerpo temblando como una hoja en una tormenta, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que emanaba de él. Tianlong tomó una cucharada de la sopa caliente y se la llevó a los labios.

Ella la miró fijamente, con los ojos muy abiertos y paralizada por el terror: «La comida, el veneno, me matará lentamente». Los recuerdos del colapso de Sabrina le vinieron a la mente.



Él entrecerró los ojos, y la impaciencia se hizo palpable en el aire. «Come».

Las lágrimas le picaban en los ojos y le resbalaban calientes por las mejillas, pero negarse no era una opción. Apretó los párpados, entreabrió los labios y dejó que él le introdujera la cuchara.

El trago le quemó al bajar, sus delicados canales de maná gritaban como cristal rompiéndose bajo el ácido. «No soy una bestia como ella, mi cuerpo es frágil, mis vías son demasiado delicadas. Esto me destrozará por dentro».

Lanzó una mirada desesperada a Sabrina, con la cabeza echada hacia atrás contra la pared, pero solo obtuvo respiraciones pesadas a cambio. Cucharada tras cucharada, sentía como si estuviera tragando su propia perdición, con el pánico martilleándole el pecho.

A Tianlong no le importaba un comino su pánico interior, y volvió a centrar su atención en Sabrina mientras gesticulaba con la cuchara vacía como si estuvieran charlando mientras tomaban el té.

—Ahora —comenzó, con una voz suave como la seda sobre acero—. Háblame del Clan del Tigre.

Los ojos de Sabrina se abrieron de par en par ante eso, y su instinto depredador la obligó a enderezar la espalda a pesar del veneno que aún le carcomía las entrañas. Se apartó de la pared con un gruñido, con los músculos protestando mientras se ponía de pie.

Una mano se apoyó contra el yeso agrietado, la otra se presionó contra el estómago, donde el fuego ardía con más intensidad.



«Empieza por los Ancianos», añadió él, mientras otra cucharada desaparecía en la temblorosa boca de Sylvea.

Una risa áspera brotó de la garganta de Sabrina, entrecortada y quebrada, rasgado como una herida abierta. «Los Ancianos...».

Dio un paso adelante, tambaleándose pero impulsada por puro rencor, con los pies descalzos golpeando el frío suelo.

«¿Quieres saber algo de esas viejas zorras?».

Otro paso, ahora más firme, ya que el antídoto hacía efecto, sin apartar sus ojos dorados de la espalda de él.

«Joder, encajarías perfectamente con ellas. La misma escoria manipuladora, retorciendo cuchillos en la oscuridad».

Hizo una pausa para recuperar el aliento, extendiendo una mano para agarrarse al borde de la mesa en busca de apoyo. La madera crujió bajo su agarre, con los nudillos blancos.

«Todo el sistema es una maldita escalera, y esas brujas se posan en la cima, con las garras afiladas».

Su voz ganó fuerza al enderezarse, echando los hombros hacia atrás a pesar del temblor de sus miembros.

«El Clan Depredador dirige el quinto círculo interno, que es nuestro territorio, el de los hombres bestia».



Ella volvió a moverse, rodeando el borde de la habitación con lentitud depredadora, su sombra alargándose bajo la luz parpadeante de las velas.

«Seis familias principales: Tigre, León, Pantera, Leopardo, Jaguar, Guepardo. Cada una es un subclan, que desgarra gargantas para ascender».

Tianlong asintió lentamente, sumergiendo la cuchara para tomar otra cucharada que llevó a los labios de Sylvea. Ella la tomó entumecida, con los ojos vidriosos mientras el veneno la devoraba más profundamente, su mundo reduciéndose al borde del sofá.

Sabrina había acortado la distancia a la mitad, sus pasos deliberados a pesar del veneno que aún corría por sus venas. Cada palabra llevaba el peso de viejas heridas.

«¿Y ahora el Clan del Tigre tiene la corona?», insistió él, tranquilo como un estanque en calma.

«Por ahora».

Ahora estaba detrás del sofá, a solo unos metros de distancia, con su presencia acechando como una tormenta a punto de estallar.

La amargura torció sus labios carnosos mientras hablaba.

«Cada quinientos años, boom... gran torneo».

Sus manos se aferraron al respaldo del sofá, los nudillos blanqueándose mientras se inclinaba hacia delante, tan cerca que su aliento habría agitado el pelo de él si se hubiera girado.



—Las seis familias se pelean, y el clan ganador se lleva el trono como cabeza de todo el lío de los Depredadores.

Una mano soltó el sofá, elevándose lentamente hacia el hombro de él mientras su voz se volvía más oscura, más personal.

«Por eso nuestro matriarcado es tan férreo; solo es una bonita excusa para que las zorras más fuertes aplasten a todos los demás».

Sus dedos se quedaron allí, temblando, no por debilidad, sino por la guerra que se libraba en su interior. El impulso de rodearle el cuello con ellos y apretar hasta que esa calma engreída se resquebrajara la quemaba como un incendio forestal.



«Hazlo. Solo un giro. Es todo lo que hace falta».

Pero sus ojos se iluminaron con el fuego de antaño, y su puño golpeó débilmente contra su pecho mientras se echaba ligeramente hacia atrás, con los abdominales aún definidos flexionándose bajo la bata holgada.

«El Clan del Tigre llevó a cabo su propia masacre para elegir al campeón para el próximo gran espectáculo».

Su mano finalmente cayó sobre su hombro, no estrangulándolo, sino con un peso pesado y posesivo.

«Los aplasté a todos. A todos y cada uno de ellos».

El agarre se tensó, las uñas clavándose en la tela.



«Yo era eso: el rostro del clan».

Tianlong ni siquiera se inmutó, su atención seguía dividida entre el rostro pálido y sudoroso de Sylvea y la confesión de Sabrina. Otra cucharada desapareció en la boca de Sylvea mientras se tambaleaba, el veneno convertía sus miembros en plomo.

«¿Y el premio?». Su voz se mantuvo firme, imperturbable ante la peligrosa proximidad.

El rostro de Sabrina se deformó detrás de él, desfigurado por el dolor, y sus dedos se tensaron una vez más sobre su hombro, con ese impulso asesino surgiendo de nuevo con fuerza antes de que ella lo reprimiera.

—Un deseo.

Se inclinó hacia él, y su voz se volvió áspera y herida.

«Directamente de la boca de la Matriarca, sin límites».

Su aliento rozaba ahora su oído, íntimo en su violencia.

«Iba a sacar a mi familia de la rama secundaria a la línea principal, sacar a mi madre y a mis hermanas de debajo de la bota de la casa principal, libres por una vez».

Su voz se entrecortó, agrietándose como tierra seca, y su agarre en su hombro se volvió blanco de nuevo.



«Solo rompe el hechizo. Acaba con esto. Él se merece...».

Pero Tianlong se movió entonces, un movimiento sutil que no era exactamente un alejamiento, pero que hizo que su mano resbalara, rompiendo el contacto. Él volvió a alcanzar el cuenco, con la naturalidad con la que se respira.

Sabrina se quedó paralizada durante un instante, ese momento de decisión le fue arrebatado, y la furia y la frustración se reflejaron en sus rasgos tatuados.

«Pero mi tía, Ade, esa serpiente repugnante, se desliza y me susurra que la Matriarca tiene una "recompensa especial" esperándome».

Retrocedió un paso, su voz se elevó de nuevo con renovado veneno, las manos apretadas en puños a los lados.

«Me envía a este páramo de mierda por mi "verdadero destino". Tonterías».

Otro paso atrás, ahora paseándose como un animal enjaulado, la distancia entre ellos aumentando a medida que se sumergía en el recuerdo.

«Solo quería que desapareciera, que me fuera del panorama para que su preciosa hija pudiera robarme el puesto».

Miró sus manos, apretando y abriendo los puños, los nudillos blanqueándose mientras la rabia hervía a fuego lento.

«Traicionada por mi propia sangre».

Su voz se volvió tranquila, mortal.



«Voy a destrozar a esa zorra, lentamente».

La habitación quedó en silencio después de eso, el pecho de Sabrina subía y bajaba con fuerza por el esfuerzo de desahogarse, la furia reprimida se escapaba como la sangre de una herida reciente.

Se quedó allí, varios pasos atrás, sudorosa y furiosa, el momento de violencia había pasado, pero no se había olvidado.

Tianlong dejó el cuenco vacío a un lado con un suave tintineo, mirándola a ella—agotada, con la energía agotada, la rabia agotada— y luego a Sylvea, que apenas se mantenía en pie, con el cuerpo encorvado mientras el veneno se apoderaba de ella, con la respiración entrecortada y presa del pánico.

Se levantó con suavidad, sacudiéndose la túnica como si el desorden a su alrededor no fuera nada.

«Muy bien hecho. Vámonos».